

Y á tu féretro agosto
Sombra darán tambien nuestras metralas.

Llevaremos ante él la Europa toda,
El África y el Asia,
Y con ellas la jóven poesía
Que libertad sublime
Cante gloriosa en plácida armonía.
Tú estarás aquí bien, entre nosotros,
Bajo la alta columna reposando,
En Paris poderosa,
Que siempre cual la mar se está agitando.

Bajo este cielo, oscurecido á veces
Por negras tempestades horrosas,
Bajo un suelo que vive
Y que hacinado cruje y se remueve,
Por dó pasa el cañon que á la campaña
Fiero se apresta y breve,
Por donde pasan las legiones bravas...
Y, en fin, donde es el pueblo
Cual una mar de enardecidas lavas.

Mas si solo los rayos y el abismo
Él tiene preparado al cruel tirano,
Tiene para el sepulcro
De cuya magestad es cortesano,
Largo gemido, triste y doloroso
De duelo y de pesar;
Y al oirlo, tal vez tu sombra augusta
Olvide los rugidos de la mar.

No es necesario decir que estos versos son de Victor Hugo, y que fueron hechos cuando la cámara de diputados rechazó, en 1830, la proposicion de volver á pedir á la Inglaterr-

ra el cuerpo de Napoleon, y de sepultarlo bajo la columna.

Por lo demas, como era fácil de preverse, despues de semejante comunicacion hecha á la cámara y en semejantes términos sucedió:

Que el príncipe Luis Napoleon trasportado á América por las órdenes de Luis Felipe, habia vuelto á Inglaterra, y desde Inglaterra habia oido la proposicion de M. de Rémusat y los aplausos de la cámara.

Entonces se preguntaron como podia hacerse un crimen al sobrino, de entrar en Francia, cuando se volvia á traer á ella triunfalmente el cadáver del tio.

CAPÍTULO XIX.

HEMOS dicho ya, que hácia el año de 1832 ó 33, el príncipe Luis habia tenido una entrevista con el general La Fayette. Esta entrevista no habia tenido otro resultado que el de probar la diferencia de opinion que existia entre el príncipe Luis y los radicales.

Interrumpidas estas negociaciones, el príncipe Luis, despues de pasados siete años, despues de frustrada la tentativa de Estrasburgo, el príncipe Luis, repito, resolvió volver

á emprender estas negociaciones con los demócratas de 1839.

El partido habia rechazado sus insinuaciones durante largo tiempo; pero al fin quiso ver si habia algun partido que sacar de ellas.

Se despachó á M. Degeorges al príncipe Luis, siendo aquel redactor en jefe del *Progreso del Paso-de-Calais*.

M. de Degeorges partió para Lóndres, vió al príncipe en una casa terciá, y lo encontró dispuesto á volver á comenzar una tentativa.

La conferencia duró muchas horas.

En lugar de encontrar en el príncipe las ideas de progreso que el tiempo y los acontecimientos habian de haber debido, segun él, hacer germinar en su jóven cabeza, M. Degeorges no encontró mas que las tradiciones napoleonenses, y rehusó, en nombre del partido republicano, todo pacto con él.

Antes bien la conferencia iba tomando el aspecto de acabar por un rompimiento completo.

—Os recibiremos á balazos, dijo M. Degeorges al príncipe, dejándolo con la mano tendida y yéndose.

Por lo demas, ni ninguna de las esperanzas del príncipe, ni ninguna de sus idas á Lóndres, ni ninguna de sus entrevistas con los representantes de los diferentes partidos y aun de diferentes tronos, eran ignorados por el gobierno frances.

Hácia el fin del año de 1830 hablaba yo del príncipe con el duque de Orleans.

—¡Ah! es verdad, me dijo, le conoceis personalmente.

—No á él, monseñor, mas sí á su madre.

—Eh, bien! en ese caso, haced que se les diga que nosotros sabemos muy bien, no tan solo todo lo que hacen sino hasta lo que dicen: no tan solo lo que dicen, sino hasta *todo lo que piensan*.

Yo no tenia el honor de estar en una relacion tan directa con esta rama de la familia de Napoleon para permitirme el darle ningun consejo. Solamente habiendo tenido ocasion de ir á Lóndres pocos dias despues, encontré en el barco de vapor á uno de mis amigos, M. D'Aneberg á quien habia yo unido á la fortuna del príncipe. Él sabia que, cuando fué el príncipe preso en Estrasburgo, la duquesa de Saint-Leu, creyendo estarme en alguna manera obligada, me habia enviado una piedra grabada encontrada por Napoleon en Egipto y traída por él, con una cartita de envío concebida en estos términos:

“*Al que dió un tan buen consejo, y que no ha sido seguido.*”

D'Aneberg me invitó, pues, á aprovecharme de mi morada en Lóndres para ir á ver al príncipe.

Yo sacudí la cabeza.

—Por qué rehusais? me preguntó; el príncipe os recibirá admirablemente.

—Lo dudo.

—Eh bien, entonces.

—No iré á ver al príncipe.

—Pero ¿teneis alguna razon?

—Tengo dos.

—¿Cuáles?

—Helas aquí:—La primera? la primera es que yo no tengo razon ninguna para ser bonapartista y que no lo soy.

—Pero el príncipe no recibe tan solo bonapartistas.

—Bien lo sé.

—Pues entonces, esta primera razon no puede deteneros.

—Tambien os he dicho que tenia dos.

—¿Entonces la segunda?

—La segunda.... hela aquí: es que antes que se cumplan tres meses, el príncipe habrá ya ensayado otra nueva tentativa que tendrá tan mal éxito como la primera. Es que como la policía tiene sobre él constantemente su mirada y

sobre los que le quieren ver, en la época en que haya esta tentativa, todos los que vayan á verlo serán inquietados, y yo no tengo muchas ganas de sufrir un martirio por una religion que no es la mia.

D'Aneberg insistió, pero inútilmente.

Él vive aun, se acuerda de este incidente y puede decir si yo cambio una sola palabra de la conversacion que tuvimos sobre este punto.

El príncipe Luis hizo que yo tuviese razon. El 7 de Agosto de 1840, pudo leerse en los diarios, que la víspera, á las seis de la mañana, el príncipe Luis Bonaparte habia desembarcado en Boulogne-sur-Mer con sesenta compañeros, habia hecho inútilmente una proclama á la poblacion y tres horas despues, estaba ya entre las manos de las autoridades francesas.

Cincuenta y dos personas habian sido presas con él.

Esta vez ya no hubo tentativa de disyuncion; el gobierno anunció que el príncipe y sus cómplices serian juzgados por una iustruccion municipal.

La cámara de los pares fué convocada.

El príncipe Luis fué conducido al castillo de Ham: estuvo en él hasta el 12 de Agosto; el 12 de Agosto fué vuelto á llevar á Paris y alojado en el palacio de justicia, congeria de las mujeres, en la misma pieza que habian ocupada Fieschi y Alibaud.

El ex-rey de Holanda vivia hacia ya largo tiempo en Florencia en un palacio situado en Longo-Larno; habia constantemente rehusado el ver á su hijo, pero en esta circunstancia, no titubeó sin embargo en darle una prueba de intereses paternal.

Los diarios publicaron una carta de él en la que se encontraba el párrafo siguiente:

“Declaro, sobre todo, con un santo horror, que la injuria que se le ha hecho á mi hijo encerrándolo en el cuarto de

un infame asesino, es una crueldad monstruosa, anti-francesa, un ultraje tan vil como incidioso.”

Los diarios del gobierno respondieron á este párrafo con la nota siguiente:

“Algunos diarios contienen en su número de hoy una carta del conde de Saint-Leu, el ex-rey de Holanda, padre de Luis Bonaparte, que declara ver como una injuria el haber dado á su hijo, por prision, la pieza que ocupó Fieschi.

“La pieza á que ha venido Luis Bonaparte á la casa de justicia, ha servido en efecto á Fieschi; pero debe notarse que no hay razon para echar esto en cara á la autoridad, pues la pieza de que se trata ha sufrido una gran trasformacion desde hace algun tiempo, y tanto que ha sido dada por habitacion particular á la inspectora del cuartel de las mujeres, y la que ha sido obligada á abandonarla, por la llegada de Luis Bonaparte.”

El príncipe Luis tomó por defensores á Berryer y M. Maria.

El 6 de Octubre fué condenado á prision perpétua.

—¿Cuánto tiempo dura la perpetuidad en Francia? preguntó el príncipe Luis cuando le leyeron la sentencia.

El prisionero fué vuelto á llevar al castillo de Ham en que debia sufrir su pena.

Los ministros de Carlos X, puestos en libertad tres años despues, le dejaron el lugar libre.

El 8 de Octubre, es decir, dos dias despues de la condenacion del príncipe Luis á prision perpétua, la *Belle-Poule*, que iba triunfalmente á traer los restos del emperador, llegaba á James-Town.

Siete dias despues, es decir, el 15, era el vigésimo quinto aniversario de la llegada de Napoleon al lugar de su destierro.

Este dia fué escogido para la ceremonia de la traslacion.

MM. Bertrand, Las Casas, Gourgaud y Montholon asistían á la exhumacion.

El hijo del general Bertrand, Arturo, nacido en Santa Elena y á quien su madre presentó al emperador *como el primer francés*, y que habia entrado en Longwod sin el permiso del gobernador, ha escrito uno sencilla pero excelente relacion de este viage.

En él se encontrarán todos los pormenores de esta ceremonia, á la que no pudieron quitar ni su grandeza ni su solemnidad, los mezquinos intereses de que estaba rodeada.

El domingo 18 de Octubre, á las ocho de la mañana, la *Belle-Poule* volvia á hacerse á la vela ya con su ilustre carga.

En medio del Atlántico, fué avisado el príncipe de Joinville por un navío mercantil que encontraron, que á aquella hora estaba ya probablemente declarada la guerra entre la Francia y la Inglaterra.

Al instante el joven príncipe reunió la tripulacion é hizo jurar á todos, oficiales y marineros, que en caso que encontrasen un barco de alto bordo, bien fuera ingles ó bien una escuadra entera inglesa, se harian mejor ir á pique que volver á caer en manos del enemigo del glorioso cadáver que llevaban.

Diré yo luego á precio de qué sacrificios no habia tenido lugar aquella guerra.

El 8 de Diciembre el féretro fué pasado á bordo del vapor *La Normandia*.

El 14 llegó á Courbevoie.

El 15 hizo su entrada á París.

El rey lo esperaba bajo la cúpula de los Inválidos.

El ataúd se detuvo á la entrada de la nave.

El rey se adelantó hácia él.

—Señor, dijo el príncipe de Joinville inclinándose y poniendo la punta de su espada en tierra, os presento el cuerpo del emperador Napoleon.

—Yo lo recibo en nombre de la Francia, respondió el rey.

¡Qué desgracia que M. de Talleyrand hubiese ya muerto! Sin duda que habria solicitado y obtenido el honor de decir la misa.

En defecto suyo fué el arzobispo de Paris quien la dijo.

Para seguir al príncipe Luis Bonaparte de Bolonia á la cámara de los pares, y de la cámara de los pares al castillo de Ham, hemos tenido necesidad de pasar por alto ciertos acontecimientos que pueden parecer de grande importancia, á aquellos que piensan que es importante al honor de los franceses, que el honor de la Francia no sea humillado.

Desde luego decimos, que este honor habia sido gloriosamente sostenido por el hijo primogénito, el duque de Orleans. Debe recordarse la expedicion de la garganta de Mouzaia, y de esta expedicion es de la que vamos á decir unas cuantas palabras.

El tratado de Tafna habia cedido al emir las dos plazas de Milianah y Medeah. De esta manera el emir se hallaba acampado en medio de las posesiones francesas que se extendian de Bona á Cherchell y formaban un círculo que daba vuelta en el interior de las tierras como un arco cuya cuerda era la mar.

Abd-del-Kader habia hecho de Medeah el centro de sus operaciones militares, y la guerra habia vuelto á encenderse con mas encarnizamiento que nunca. El mariscal Vallée habia resuelto desalojar al emir de esa formidable posicion.

Sí, formidable, esta es la verdadera palabra que le conviene, porque durante seis meses, el emir habia estado haciendo fortificar la garganta de Mouzia. Todos los puntos salientes de la posicion, habian sido coronados con ayuda de reductos ligados entre sí por medio de trincheras. Algunas obras en las que se conocia la mano de algun renegado francés, se extendian desde la cresta hasta la gargan-

ta. Cada arista que miraba al camino era una fortificación casi impenetrable y dominaba el estrecho camino que debía seguir la columna de ataque: todas las tropas regulares que tenía el emir, estaban reunidas en este punto: los batallones de Medeah, de Milianah, de Mascara y de Sebaou estaban allí, reunidos á los Babyles de todas las tribus de las provincias de Alger y de Tittery.

Por su parte el general Vallée había también hecho grandes preparativos. Un cuerpo expedicionario de diez mil hombres había sido reunido, y en cuando á sus rangos, simples oficiales generales, no teniendo sobre sus colegas más derecho que el de adelantarse en el fuego, eran el duque de Orleans y de Aumale.

El 25 de Abril el cuerpo expedicionario tomó posición en la Chiffa de Coleah. El 27 atravesaba la Chiffa, y se empezaba una batalla formal con la caballería del califa de Milianah sobre los bordes del Oued-Yer.

Ya se saben los pormenores de esta maravillosa expedición, que recuerda las tallas de Masséna en medio de las nubes. Tanto en el Atlas como en los Alpes, el pié del soldado francés fué á buscar precipicios en los que se hubiera creído que solo la gamuza podría moverse.

Se combatía entre el cielo y el abismo: el herido era muerto, y el muerto era demolido.

El mariscal había hecho todos los honores al duque de Orleans, pues lo había encargado de tomar la posición.

Fué tomada por el 23.º y el 48.º

Durante este tiempo parecía prepararse una guerra europea. La actitud de los soberanos era de tal manera agresiva, que la vergüenza nos ordenaba aparentar que hacíamos preparativos. Pero la Europa sabía bien nuestra falta de recursos. Nuestros arsenales se hallaban vacíos, nuestra caballería desmontada, y cuatrocientos millones, sacados con anticipación todos los años de nuestro presupuesto, no habían sido suficientes para dar armas á nuestros navíos.

No se atrevían á convocar las cámaras, por poco que fuesen temibles, porque suponiéndolas que por lo demás no era temible, un pensamiento belicoso, á la primera pregunta que hubieran dirigido al ministerio, hubiera este sido obligado á responder que estaba pronto.

Por lo demás, en defecto de una actividad real había las apariencias de ello; se trabajaba con los ingenieros en todas las costas de la Mancha; Vincennes repartía entre diversos puntos de la Francia, cien mil fusiles; en nuestros puertos estaba establecida mucha gente, y se hacían levadas para la marina en las que se comprendían los hombres de cuarenta á cincuenta años. En Brest estaban armadas cinco grandes fragatas y se construían otras cuatro. Era, á la verdad, una árdua cuestión para el ministerio, la de reunir una leva de ciento cincuenta mil hombres, y la organización de una reserva de trescientos, mil y más cuando se hablaba de reorganizar la guardia nacional en todas las ciudades del reino.

Pero si estos preparativos engañaban en Francia á algunas almas dichosas dispuestos á creerlo todo, no era tan absolutamente crédulo el extranjero.

La Inglaterra y la Alemania se burlaban de los pretendidos armamentos, y anunciaban anticipadamente, que á un momento dado, el rey Luis Felipe, después de haber metido inútilmente tanto ruido, abandonaría á su aliado Mehemet-Ali.

Es verdad que había dos partes, la una era el ministerio, la otra el rey. M. Thiers era el que hacía el ruido, M. Thiers era el que se ponía por delante, y M. Thiers era quien fortificaba, armaba y amenazaba; pero el rey era quien debería tomar la resolución final, y esta resolución sería muy pacífica.

El *Mercurio de Souabe*, la *Gaceta Universal de Leipzig* y la gaceta política y hebdomedaria de Berlín, sobre todo, hacían sobre esta miserable política las más chistosas burlas.

Se habia enviado á M. de Saint-Aulaire con una mision secreta para M. de Metternich.

“El conde de Saint-Aulaire es amigo de Luis Felipe, decia el Mercurio de Souabe, y es probable que esté iniciado en sus mas secretas intenciones.”

La Gaceta Universal de Leipzig, decia:

“No se cree que M. de Saint-Aulaire haya recibido una mision amenazadora, y lejos de que M. Thiers se haya dejado arrastrar mas allá de lo conveniente, es probable que el embajador tenga instrucciones moderadas dadas por una autoridad superior.”

Y en fin, *“Todo lo que se dice y se hace en Paris, no conducirá á nada,* decia la gacetilla política y hebdomedaria de Berlin. Los ciento cincuenta mil hombres serán llamados á las armas, se construirán algunos navíos, y se harán, en fin, gastos que vendrán á aumentar el presupuesto: y despues dos ó tres regimientos obrarán sobre las fronteras del Norte y del Este, como cuando se trató de la cuestion belga, y el gobierno, creyendo haber satisfecho el orgullo nacional, dejará que hagan y volverá á embainar su espada.

Y estos eran los hombres de Yena, que habian venido, no tan solo á pensar, sino á escribir estas cosas de nosotros.

Podrá ser que se pregunte ¿por qué Luis Felipe deja á M. Thiers representar esta comedia para venir luego á desmentirlo cruelmente á la faz de toda la Europa llegado que hubo el momento dado?

Luis Felipe queria ganar á todos sus poderosos desadictos, pues miraba esto como la salvaguardia de su corona.

Por otra parte. M. Thiers no debia caer ante la voluntad real. M. Guizot, el rey Leopoldo, el duque de Wellington y la reina Victoria, habian arreglado en Lóndres este pequeño negocio. M. de Metternich haria adoptar á Mehemet-Ali la mediacion de la Francia. Al mismo tiempo se

echaria por tierra á lord Palmerston, se haria venir á sir Roberto Peel y á los torys. M. Thiers caeria por voto de la cámara, y trabajando M. Molé y M. Pasquier, M. Guizot le reemplazaria. Nada era mas constitucional, no habria una palabra que decir á Luis Felipe, y entonces toda clase de concesiones serian hechas por el nuevo ministerio en el negocio de Mehemet-Ali.

Pero no era el negocio del emperador de Rusia el que la Francia se ligase de nuevo tan estrechamente con la Inglaterra. Esta alianza destruia sus proyectos sobre Constantinopla. Con ayuda de la Prusia, rechazó la mediacion francesa, y M. Thiers, sin siquiera sospechar que, cuando menos, habia dormido al borde de un precipicio, siguió en el poder.

Entretanto, la reina Victoria presidiendo la próroga de la sesion parlamentaria, pronunció un discurso en el que el nombre de la Francia ni aun siquiera fué pronunciado.

De esta manera la Francia no contaba ya con los consejos británicos.

Mientras esto pasaba, las cuatro potencias decidian de la suerte de Egipto, sin siquiera llamar á la Francia, que en otro tiempo habia conquistado este Egipto, que habia dejado en él los gérmenes de la civilizacion desarrollados despues por Mehemet-Ali; sin llamar, decimos, á la Francia á esta deliberacion.

El 14 de Agosto, el comodoro Napièr que mandaba la escuadra inglesa, dirigió de Beirouth al consejo ingles, la nota siguiente:

“Tengo el honor de preveniros, que la Inglaterra, la Austria y la Rusia, han resuelto que la Siria sea restituida á la Puerta. Prevendreis á las autoridades egipcias de esta resolucion, pidiéndoles la evacuacion inmediata de la ciudad, y la restitucion de los soldados turcos. Comunicareis esta carta á los comerciantes británicos para su gobierno.”